



# Nicole Jordan

## Éxtasis

Traducción de J. G. Monforte

Esencia / Planeta

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

Título original: *Ecstasy*  
Ivy Books, The Ballantine Publishing Group, 2002 (Nueva York)

© Anne Bushyhead, 2002  
Publicado de acuerdo con Books Crossing Borders Inc., Nueva York,  
y Ute Körner Literary Agent, S. L., Barcelona, [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)  
© por la traducción, J. G. Monforte, 2008  
© Editorial Planeta, S. A., 2009  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © Alan Ayers  
Primera edición en Colección Booket: abril de 2009

Depósito legal: B. 11.157-2009  
ISBN: 978-84-08-08594-2  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Nicole Jordan es hija de militar y pasó su infancia viajando de país en país. Licenciada en Ingeniería, trabajó como gerente de una importante empresa antes de empezar su carrera como escritora en 1987. Desde entonces, ha escrito más de dos docenas de novelas históricas, de las que se han vendido más de cuatro millones de ejemplares.

Las apasionadas novelas románticas de Nicole han aparecido en numerosas listas de los libros más vendidos, incluidas las de *The New York Times*, *USA Today*, *Waldenbooks* y Amazon.com.

Nicole Jordan ha sido finalista del Rita Award de la RWA (Romance Writers of America), que asimismo la ha designado candidata al premio al libro favorito del año. Ha ganado también el premio Dorothy Parker, otorgado por la RIO (Reviewers International Organization), una asociación compuesta por un centenar de críticos de novela romántica.

Booket ha publicado las siguientes obras de la autora: *Amar a un caballero*, *Fuego en tus manos*, *Deseo y engaño*, *Abrazos de terciopelo*, *Seducción*, *Pasión y Deseo*.



*A mi librero favorito de siempre...*  
*Gail Stordahl-Brown*  
*con mi agradecimiento*



# 1



*Londres, noviembre de 1813*

*Él surgió desnudo de la espuma, con su cuerpo mojado y atléticamente musculoso brillando bajo el sol del Caribe. Recortado contra el brillante mar turquesa, parecía un dios pagano. Sin embargo, no era ningún dios. Era el pirata que le había robado primero su virtud y luego el corazón.*

*Calor, vitalidad y peligro vibraban en él mientras permanecía de pie sobre el agua cristalina ante la blanca playa, apropiándose de todo lo que contemplaba. Su henchida carne varonil proclamaba muy a las claras su excitación y la hacía jadear.*

*Como si hubiera oído su alterada respiración, fijó en ella fascinado su oscura mirada. Ella se sentía embelesada cada vez que él la miraba, aunque no pudiera distinguir sus rasgos. Nunca lograba ver su rostro, sólo sus negros ojos, que eran intensos y ardientes.*

*Entonces él se le acercó; la resolución patente en cada ágil zancada. Notó la arena cálida en su espalda mientras él la tendía sobre ella y su boca voraz reclamaba la suya.*

*Su beso fue devastador, no sólo en su intensidad, sino en sus consecuencias; su contacto, peligroso, salvajemente sensual, mientras sus manos la recorrían a voluntad.*

*Él bebió de su boca y luego llevó sus caricias más abajo con suavidad y de un modo despiadado al mismo tiempo. Echó la cabeza hacia atrás y besó la curva de su garganta, la clavícula, los senos desnudos... Sus labios quemaban más que el sol sobre su piel desnuda y el abrasador calor agostaba su carne.*

*Sus labios atraparon uno de sus pezones y lo chupó con fuerza, enviando flechas de placer hacia abajo, hacia el húmedo centro femenino.*

*Ella gimoteó y separó las piernas suspirando, mientras él alojaba su henchido sexo dentro de su suavidad; el latente dolor entre sus muslos se despertó excitándola.*

*—Por favor... —rogó ella.*

*Comprendiendo su apremiante necesidad, él se deslizó de modo implacable en ella; su enorme dardo la llenó haciéndola desear llorar de éxtasis.*

*Pero luego él se quedó inmóvil, negándole la liberación que ella ansiaba. La ardiente oscuridad de su mirada la inmovilizó tan certeramente como la atravesaba con su palpitante carne masculina.*

*—¿Cómo puedes casarte con él? —le preguntó secamente—. ¿Cómo puedes pensar en entregarte a él?*

*—Debo hacerlo. No tengo elección. Formulé una solemne promesa.*

*Fijó en la suya su ardiente mirada.*

*—Tu duque es frío, insensible. No puede hacerte sentir lo mismo que yo. No puede encenderte la sangre como yo lo hago.*

*Ella volvió la cabeza hacia un lado, sabiendo que lo que él decía era cierto. Al pensar en su inminente matrimonio, experimentaba un sentimiento de desesperación. Deseaba olvidar... y, sin embargo, su pirata no se lo permitía.*

*La mano de él le asió los cabellos; sus dientes relucían salvajes.*

*—Me perteneces a mí, sólo a mí. Eres mía, ¿me oyes? Y yo soy tuyo. Tú me has creado.*

*Su posesividad la estremecía y la excitaba.*

*—Sí —repuso simplemente.*

*Él retiró su resbaladizo dardo y lo hundió de nuevo en ella arremetiendo con fuerza, tomando posesión.*

*—Cuando estés con él, será sólo de mí de quien te acuerdes. Mi contacto, mi sabor, mi dura carne penetrándote profundamente, haciéndote gritar de necesidad.*

*—Sí. Sí... sólo tú.*

*Ella hundió su boca en la de él, necesitaba saborearlo, sentirlo...*

*La íntima ferocidad de su cuerpo buscó el interior de ella y comenzó a moverse tomándola de nuevo, reclamándola. No se mostraba tierno, pero ella no deseaba ninguna ternura. Al contrario, aún levantó las caderas para recibir más profundamente sus acometidas, respondiéndole con todo el vigor de su cuerpo tembloroso.*

*—Más —le apremió él roncamente—. Dame más. Entrégate...*

*El clímax estalló en ella con intensos y rígidos estremecimientos una, otra y otra vez, hasta que él encontró también su propia liberación. Por fin, se desplomó sobre ella mezclando con el suyo su jadeante aliento, saciado por el momento su fiero apetito.*

*Ella se quedó allí quieta, de espaldas, satisfecha, mientras olas de seda rompían con suavidad contra su cuerpo enfriando su piel recalentada y la encendida pasión que había habido entre ellos...*

Raven Kendrick pasó lentamente de la fantasía a la conciencia y reconoció su dormitorio. La fría luz de la primera hora de la mañana se filtraba por las cortinas de damasco mientras ella yacía en el lecho, con el cuerpo todavía latiendo después de su poderoso clímax y el recuerdo de su pirata. Él era salvaje, dulce fuego en su sangre... y mera ilusión.

Con un suspiro de anhelo insatisfecho, Raven rodó por el lecho y estrechó una almohada contra sus senos aún hormigueantes. Él era todo cuanto ella podría tener de auténtica pasión.

Su amor existía sólo en su imaginación, aunque a veces le parecía tan real como cualquier hombre de carne y hueso. Él no tenía ninguna identidad, ningún pasado más que el que ella le había atribuido. Había desembarcado en la orilla de sus sueños una radiante mañana caribeña, para saquear su cuerpo y capturar su corazón...

Cerró los ojos para preservar el recuerdo de su más reciente interludio. Aún estaba caliente y húmeda entre las piernas por la



imaginada posesión de él, pero en la vida real nunca había sentido el éxtasis de la carne de un hombre llenándola, ardiendo profundamente en su interior.

Aunque podía imaginarlo. En efecto, sabía cosas que ninguna virgen debería conocer. El raro y erótico libro que su madre había dejado al morir, *Una pasión del corazón*, le había sido entregado a Elizabeth Kendrick por el hombre al que ella había amado con desesperación y al que se vio obligada a renunciar... Un regalo de separación para mantener vivo su recuerdo.

Escrito por una francesa anónima, el diario era una verdadera y trágica historia de amor, y estaba repleto de exquisitos detalles de deseo carnal. Había dado consuelo a la madre de Raven durante años porque, aunque le recordaba su dolor, la vívida historia narrada también le hacía revivir su propia pasión perdida.

Sin embargo, era un libro escandaloso para que lo poseyera una dama joven y virtuosa.

Raven frunció el cejo desafiante. Tal vez ella fuera perversa por fomentar tan vívidas ilusiones de su pirata, pero en sus fantasías podía ser tan despreocupada y libre como quisiera. Podía satisfacer su profunda inquietud interior, permitirse cualquier apetito prohibido sin las graves consecuencias de la ruina social. Podía entregarse por completo a un amante con la máxima vitalidad, sin el temor a perder su corazón y su alma, tal como le había pasado a su madre.

Raven apretó los puños de manera involuntaria mientras el familiar terror latía dentro de ella. Ella nunca entregaría su corazón a un hombre *real*. Había visto cómo el amor había destrozado a su madre, convirtiéndola en la esclava de un difuso recuerdo. Durante años, había sollozado cada noche en su almohada, lamentando el amor perdido. De día, estudiaba con detenimiento su precioso diario, aprendiéndose de memoria cada conmovedora línea.



Raven sacó del cajón de la mesita de noche el libro preciosamente encuadernado, con los ojos nublados mientras recordaba. La había afligido de modo infinito ver a su madre desperdiciar su vida, desear, incluso en su lecho de muerte, a un hombre al que nunca podría tener.

La pérdida de su madre había dejado a Raven dolorosamente afligida, pero también llena de determinación. Ella no cometería el error de su madre, cayendo víctima de un amor sin esperanzas. Ningún hombre poseería jamás su alma. Sólo ella controlaría su destino. Podía haber decidido casarse, pero el amor nunca formaría parte de la ecuación.

Un golpecito en la puerta de su habitación arrancó a Raven de su sombrío ensueño. Devolvió con rapidez el diario al cajón y autorizó la entrada a su doncella personal, portadora de una bandeja.

—Buenos días, señorita —dijo Nan con un inconfundible tono excitado—. Le he traído un espléndido desayuno; necesita comer adecuadamente. Faltan aún muchas horas para el banquete de bodas.

De modo inexplicable, a Raven le dio un vuelco el corazón ante el recordatorio. Por fin había llegado el día de su boda.

Se incorporó con lentitud en la cama y esperó a que Nan depositara la bandeja en su regazo, aunque no tenía el menor apetito.

La doncella le sirvió una taza de chocolate sin dejar de charlar.

—¡Imagínese, señorita Raven! Pronto será una *duquesa*. Es igual que un cuento de hadas. —Nan suspiró con una soñadora expresión llena de reverencia. A continuación reaccionó—: Le ruego que me perdone, señorita. No debería soltar la lengua de este modo. Pero es que nunca he conocido a una verdadera duquesa.

Raven esbozó una sonrisa que no sentía.

—No pasa nada, Nan. Yo también estoy un poco impresionada.



La doncella se volvió hacia el hogar, atizó el menguante fuego para combatir el fresco noviembre y luego hizo una reverencia.

—El agua se está calentando, señorita Raven. Si le parece, volveré dentro de una media hora para ayudarla a bañarse y vestirse.

—Sí, gracias, Nan.

Cuando la sirvienta hubo salido de la habitación, Raven, obediente, cogió su tenedor, pero volvió a dejarlo; el estómago se le revolvió. Al cabo de pocas horas estaría casada con el hombre que había escogido, un destacado noble acreedor del respeto de los más elevados escalafones de la buena sociedad. Hacía meses que esperaba ansiosa ese día... ¿Por qué se sentía pues como si, en cierto modo, estuviese yendo a su ejecución?

Los nervios de las novias. Su ansiedad podía atribuirse simplemente a eso. Todas las novias tenían dudas el día de su boda.

Agitó la cabeza decidida a deshacer el nudo que se le estaba haciendo en el estómago. Era absurdo abrigar dudas en el último momento respecto al plan que ella misma había decidido para su futuro. Su matrimonio con el duque de Halford no sería tan sólo el cumplimiento del más ferviente deseo de su madre —asegurando así su legítimo lugar entre la nobleza—, sino que significaría que ya no seguiría siendo una forastera.

Por fin pertenecería a algún lugar.

Como duquesa, sería aceptada por la flor y nata de la sociedad... Eso que a su madre, se le había negado viéndose ésta desterrada a las Antillas hacía más de veinte años por un padre airado.

Raven se llevó la taza de chocolate a los labios tratando de ignorar sus escrúpulos. Su futuro marido, el duque de Halford, podía ser un orgulloso y obstinado aristócrata que le doblaba la edad con creces y que, por añadidura, había tenido la desgracia de enterrar ya a dos jóvenes esposas tras sendas tragedias, pero siendo su esposa ya no se vería obligada a luchar contra los de-



sesperados sentimientos de soledad que la habían obsesionado gran parte de su vida.

Era afortunada por haber atraído a Halford, considerando las desventajas con que contaba. Aunque ciudadana inglesa, había nacido en las Antillas, y no había visitado Inglaterra hasta que llegó por vez primera la primavera anterior, un año después de la muerte de su madre. Tragándose su renuencia, se había reconciliado con su distante familia, su anciano abuelo, el vizconde, y la bruja de su tía abuela, que había patrocinado su Temporada londinense como debutante.

Desde entonces, Raven había ido comprendiendo cada vez más cuánto significaba para ella la aceptación, cuán profundamente anhelaba pertenecer a la sociedad.

Para su alivio y gratitud, su primera Temporada había sido un triunfo. Había sido solicitada por incontables admiradores y había recibido media docena de estimables propuestas de matrimonio, junto con otras inadecuadas. Había contentado a los más estrictos maniáticos con sus esfuerzos por comportarse con recato. Con un escándalo oculto en su pasado, no podía dar a la buena sociedad ninguna razón para impedir su ingreso en sus selectas filas, por mucho que a ella le hubiese gustado reírse de ellos en su cara. No podía hacerlo si deseaba convertirse en parte de esa sociedad.

Raven era muy consciente de que su educación poco convencional era un indudable inconveniente. Su educación en la isla caribeña de Montserrat le había permitido una singular libertad, y había pasado su feliz infancia nadando en apartadas ensenadas, jugando a piratas y cabalgando al viento. Incluso su nombre era poco ortodoxo, había sido llamada así por el color de su pelo,<sup>1</sup> reminiscencia de un antepasado español de su verdadero padre.

1. *Raven*, referido al cabello, significa «negro». (*N. del t.*)



Pero una vez en Inglaterra se había esforzado por controlar su natural audacia reprimiendo todo indicio de pasión en pro de la conformidad y soportando las sofocantes normas de una conducta correcta, porque estaba absolutamente decidida a ser aceptada.

Una de sus pocas concesiones a su espíritu inquieto eran sus tempranas galopadas por el parque. Y, cuando ansiaba pasión, recurría a sus fantasías y a su imaginario amante pirata. Aunque él era sólo una ilusión —que algunas veces la dejaba dolorida por su anhelo insatisfecho—, estaba segura de que su pirata podría calmar sus más profundos apetitos con más intensidad de lo que su duque de la vida real podría o querría hacerlo nunca.

Raven se estremeció al notar de pronto el frío de la mañana de invierno. Reprimió reprobadora su aprensión, depositó a un lado la bandeja y se levantó del lecho. Si aquél fuese cualquier otro día, en aquel mismo momento estaría cabalgando, pero tenía que prepararse para una boda.

Acababa de envolverse en un chal de lana cuando sonó un golpe en su puerta. Con gran sorpresa por su parte, vio entrar en la habitación a su tía abuela.

Catherine, lady Dalrymple, era imponente: alta, elegante, de hermosos rasgos y cabellos plateados que le conferían un aire majestuoso.

—¿Algo va mal? —preguntó Raven frunciendo el cejo.

Jamás, en todos los meses que había vivido con su tía abuela, había recibido una visita semejante. Y su anciana pariente tampoco solía levantarse tan temprano.

Tía Catherine esbozó una severa sonrisa.

—Nada va mal. Simplemente te traigo un regalo de boda —le tendió una cajita de satén—. Perteneció a tu madre. Imagino que Elizabeth desearía que lo tuvieses.





Raven sintió que, ante la mención de su madre, se le encogía el corazón. Abrió la caja con curiosidad y se quedó boquiabierto al ver un asombroso collar y unos pendientes de perlas, no muy grandes, pero con un brillo lustroso que indicaba que eran de gran valor.

Raven dirigió a su tía abuela una mirada inquisitiva, preguntándose qué habría causado esa muestra de generosidad. Lady Dalrymple solía tratarla con una fría reserva que bordeaba el desagrado.

—Abrigaba serias dudas de que este día llegara alguna vez —repuso su tía a su implícita pregunta—. Pero ahora que tus nupcias son realmente inminentes, creo que tienes derecho a poseerlos.

—Son hermosos —murmuró Raven.

—Elizabeth se negó a llevárselos cuando se marchó —prosiguió tía Catherine con evidente desaprobación—. Su desafío fue imprudente, considerando que podía haberlos vendido por un precio considerable. Pero presumí que desearías llevarlos el día de tu boda.

Sorprendida pero agradecida por el regalo de su tía, Raven suavizó su respuesta.

—Sí, gracias. Me gustaría muchísimo lucirlos.

Sin decir nada más, tía Catherine dio la vuelta para marcharse, pero en seguida se volvió arqueando una ceja con elegancia.

—Confieso que me has sorprendido gratamente, Raven. Nunca imaginé que harías un matrimonio tan ventajoso.

—¿Por qué no? —no pudo evitar preguntarle Raven—. ¿Porque no creías que pudiera apuntar tan alto dado la ilegitimidad de mis orígenes?

—Poca gente conoce el secreto de tus orígenes, gracias al cielo. No, con franqueza, no creí que tuvieras el buen sentido de aceptar



a Halford como esposo. Tenías demasiados pretendientes... Temí que escogieras a alguien inaceptable sólo para molestarnos.

Realmente, había tenido numerosos pretendientes, pensó Raven. De hecho, uno de ellos en particular, la había acosado de manera implacable, incluso después de que su compromiso con Halford se hiciese público, casi provocando un escándalo. Por fortuna, su tía no sabía nada de aquel desastre.

—Nunca me hubiera comportado con tanta precipitación, tía... pese a tu opinión sobre mí.

—Tal vez no —repuso la mujer—, pero aun así, dudaba de que tu compromiso con Halford durara todos estos meses, dada la gran disparidad que existe entre vosotros. —Lady Catherine frunció la boca en un atisbo de sonrisa—. Incluso yo considero a su gracia demasiado conservador y pomposo. En cuanto a disposición, como mínimo, no me parece que sea en absoluto la pareja adecuada para ti.

—No está tan mal —dijo Raven en su defensa—. Es verdad que Halford es reservado y muy correcto, pero bajo el comportamiento que le impone su rango, es un hombre muy amable.

—Bien, me alegro de que no abrigues necias ideas como la de casarse por amor. El amor no asegura la felicidad, como tu madre descubrió, para su eterno pesar.

Raven sintió que se ponía rígida.

—Sí, muy al contrario —dijo—. El amor puede reportar gran desdicha. Aprendí esa lección muy bien, tía Catherine.

—Evidentemente, tienes más sentido común del que tenía tu madre.

Raven bajó la mirada para ocultar la ira que sentía, deplorando aquella conversación. No deseaba hablar de su madre ni sacar a la luz dolorosos recuerdos.

La anciana dama frunció los labios.



—Por lo menos, ahora tendrás el futuro que Elizabeth deseaba para ti. Un lugar en la sociedad que a ella su locura le negó.

Raven, herida de manera insoportable, irguió la barbilla y dirigió una mirada penetrante a su tía.

—Un lugar que se le negó cuando su familia renegó de ella, querrás decir —replicó, incapaz de ocultar la amargura de su tono.

Catherine frunció el cejo.

—No tuvimos otra elección que obligarla a casarse. Se estaba enfrentando a la ruina absoluta de su reputación. Su comportamiento fue en extremo escandaloso; obsesionarse con un hombre casado y permitir que la dejase embarazada.

Raven se sulfuró al oír hablar de manera tan despectiva de los pecados de su madre.

—¡El abuelo no debería haber renegado de ella y haberla enviado al otro lado del océano!

—Tal vez no. —La expresión de Catherine se hizo aún más glacial—. Pero Jervis tomó la decisión correcta. Nadie podía esperar de él que tolerase la vergüenza de su hija embarazada fuera del matrimonio.

—¿Por ello la obligó a casarse con un hombre que le desagradaba y luego la alejó de su vista?

—Te aseguro que Elizabeth comprendió que el matrimonio era su única salvación. ¡Al casarse con Kendrick, él la rescató de la desgracia y te salvó de nacer bastarda!

Raven se estremeció ante la familiar culpabilidad que se retorcía en su interior. Comprendía muy bien el sacrificio que su madre había hecho por ella, y cómo había causado la desgracia de su madre por el mero hecho de existir. Pero la necesidad del matrimonio no disculpaba que su abuelo y su tía hubiesen sido tan crueles e implacables.





—Si mi madre no se hubiera visto obligada a vivir entre desconocidos —dijo Raven tensa—, si hubiera estado rodeada por la familia, los amigos y su vida familiar, tal vez hubiera sido capaz de superar su pasión imposible. Tal como fue, se murió de pena ansiando un amor que no podía tener.

—Sólo a sí misma podía culpar de su debilidad. Y bien pronto lamentó su grave error de juicio.

—Perdóname si parezco irrespetuosa, tía —repuso Raven con sarcasmo—, pero ¿eso cómo puedes saberlo?

—Porque ella me lo dijo en sus cartas. Elizabeth me escribía de vez en cuando en el curso de los años.

Raven se la quedó mirando sorprendida.

—Nunca me enteré de que mamá te escribiera.

—Pues lo hizo, ciertamente. —Los grises ojos de Catherine siguieron fríos—. Sus últimas cartas demostraban con claridad que había entrado en razón. Lamentaba amargamente su caída en desgracia y haber perdido el rango y los privilegios con que había sido criada. Echaba de menos la vida que podía haber tenido y que creía que tú merecías... Lo cual es la razón de que estuviera tan decidida a que tú tuvieras un destino diferente.

Raven pensó sombría que aquello era cierto. Su madre se había casi obsesionado con rectificar su error. Elizabeth había pasado innumerables horas —de hecho, cada tarde a la hora del té— tratando de inculcar en su hija las gracias de una dama para que Raven pudiera asumir por fin su posición en la sociedad inglesa. En su propio lecho de muerte le había hecho jurar que se casaría con un noble...

—¿Tienes todavía las cartas de mi madre? —preguntó Raven, deseosa de cambiar de tema.

—No, no las guardé. Pero estoy segura de que ella se sentiría aliviada si supiera que habías conseguido a un duque por marido.





—Estaría aliviada —rectificó Raven— al saber que no necesito preocuparme por ser considerada una bastarda. Sabía cuán cruel puede ser la buena sociedad, y deseaba que yo estuviera protegida por rango y riqueza por si se daba el caso de que se descubriría mi pasado. Una duquesa no sería tan vulnerable como una simple señorita Kendrick.

—Bien, y yo estoy aliviada de que no hayas hecho nada para avergonzar a nuestra familia, como hizo ella.

Raven apretó los puños, esforzándose por controlarse.

—Si estabas tan preocupada por que pudiera avergonzarte, tía, me pregunto por qué me diste un hogar y subvencionaste mi Temporada.

—Porque estaba decidida a guardar las apariencias, desde luego. Y porque tu abuelo no quería otra cosa. —Lady Catherine dejó escapar un elegante resoplido—. En mi opinión, Jervis se ha comportado bastante neciamente adulándose como si fueras su hija pródiga. Pero cuando Elizabeth murió, empezó a darle vueltas a la absurda idea de que había sido demasiado severo...

—Porque había sido demasiado severo —la interrumpió Raven.

Su abuelo, Jervis Frome, vizconde Luttrell, había sufrido un cambio en sus sentimientos al enterarse de la muerte de su hija, lamentando no haberse reconciliado nunca con ella. Cuando su salud comenzó a fallar, invitó a Raven a Inglaterra, deseoso de conocer a su única nieta y de reparar su pasada intransigencia y paliar su separación de Elizabeth durante todos aquellos años.

Al parecer, tía Catherine había dicho todo lo que tenía que decir, porque dio media vuelta y se dispuso a llevarse de allí hasta el último ápice de su arrogante presencia.

—Ya basta de perder el tiempo. Será mejor que te apresures. No es adecuado mantener al ilustre duque aguardando ante el altar.





—No —se obligó a decir Raven con frialdad—. Siendo como eres uno de los principales árbitros de las reglas sociales tía, tú lo debes de saber.

Cuando se quedó a solas, Raven contempló ciegamente las perlas sintiendo todavía el menosprecio de su tía. Ser menospreciada era una experiencia familiar para ella.

Elizabeth había enfurecido a su altiva familia y puesto en peligro su reputación social, al enamorarse apasionadamente de un magnate naviero americano casado, y concebir un hijo de él fuera del matrimonio. El desastre había sido evitado tan sólo casándola con el empobrecido hijo menor de un vecino, que la trató siempre con desprecio, así como a su hija bastarda.

Raven se encogió de vergüenza en su interior mientras recordaba al hombre que la gente suponía que era su padre, Ian Kendrick. Hasta entonces, durante veinte años, ella había sido la señorita Kendrick en público, pero en privado él nunca la había aceptado como hija. Nunca le había permitido olvidar que en realidad era una bastarda.

Voluntariamente la había hecho sentir manchada, indigna... culpable por alguna razón; tanto por la debilidad de su madre como por su propia desdicha. Las condiciones de su contrato matrimonial eran claras: una pequeña plantación e ingresos mensuales a cambio de permanecer en el Caribe con Elizabeth. Sin embargo, hasta el momento de su muerte en un accidente ecuestre, hacía ocho años, Ian Kendrick se había rebelado contra su destino —vivir apartado en una isla, sin apenas medios para sufragar el estilo de vida que a él le gustaba— mientras su esposa languidecía, desesperada por la infelicidad de su amor tanto tiempo perdido. En cuanto a su hija...

Raven irguió los hombros, dispuesta a tranquilizarse. Había soportado la secreta vergüenza de su concepción desde que fue





bastante madura como para comprender la palabra «bastarda». Y, aunque el temor del descubrimiento pudiera ser irracional, era la principal razón por la que había preferido a Halford entre todos los demás candidatos que la habían cortejado de manera tan asidua. Y por la que evitaba con sumo cuidado a los inadecuados. Si hacía un casamiento lo bastante elevado, si contraía matrimonio con un noble poderoso e importante, entonces se vería protegida de su dudoso pasado.

Sin duda, era culpable de engaño por ocultar sus orígenes a su futuro marido. Pero Raven pensó desafiante que Halford conseguiría exactamente la clase de esposa que quería. Era virgen, poseía un aspecto aceptablemente atractivo, era de buena familia y tenía la educación adecuada para desempeñar el papel de duquesa. Y gustosamente le daría los herederos que Halford deseaba.

También ella conseguiría exactamente lo que deseaba: ser aceptada por la gente bien que nunca la había considerado lo bastante buena. Y un marido con el que estaría a salvo. Nunca cometería el error de su madre. Mejor un contrato frío, sin amor, que una pasión abrasadora que pudiera desgarrarle el corazón.

No corría peligro de enamorarse del duque, aunque abrigaba esperanzas de llegar a sentir afecto por él y consolidar una satisfactoria amistad. A veces, conseguía incluso penetrar la tensa y pétrea reserva de Halford y hacerlo sonreír.

Pero el suyo sería un matrimonio de conveniencia, nada más. Vivirían juntos en civilizada armonía, comprendiendo ambos con exactitud lo que de ellos se esperaba.

En cualquier caso, su imaginario amante la mantendría satisfecha. Y si tenía que recurrir a la fantasía con el fin de sentir pasión, de experimentar deseo, calor y realización... bien, lo haría. Desde luego, necesitaría ese escape si iba a compartir toda una vida de rígida formalidad británica junto a su ilustre marido.





Aunque, por otra parte, sus fantasías no representarían perjuicio alguno para él ni para sus votos matrimoniales. Le sería totalmente fiel a Halford... salvo en su mente.

Respiró profundamente, renovando su decisión mientras se volvía para llamar a su doncella. Debía ser consecuente con lo que ella misma había decidido. Su prometido pronto estaría aguardándola en la iglesia de St. George, en Hanover Square, junto con varios centenares de amigos y conocidos, la flor y nata de la sociedad. Y ella se proponía lucir su mejor aspecto en aquel día especial.

Dos horas más tarde descendía por la escalera hacia el vestíbulo de entrada donde, apoyado en un bastón, se encontraba su abuelo junto a su hermana Catherine. El anciano vizconde prefería alojarse allí antes que en su propia inmensa mansión, en las raras ocasiones en que acudía a la ciudad.

Lord Luttrell era alto y de cabellos plateados como su hermana, aunque no tan agraciado. Había estado enfermo durante largo tiempo y tenía el corazón débil.

Cuando Raven se le acercó, vio lágrimas en sus ojos.

—De modo que das tu aprobación, ¿verdad, abuelo? —preguntó dirigiéndole una sonrisa.

Ella no podía perdonarle totalmente que hubiese repudiado a su madre hacía tantos años, pero durante los casi ocho meses transcurridos desde que Raven había llegado a Inglaterra, habían llegado a hacer las paces.

Él le tomó la mano en la suya temblorosa.

—Por supuesto, chiquilla. Estás extraordinariamente hermosa.

Raven pensaba que su aspecto era agradable. Su vestido imperio era de brillante seda color limón pálido, con una sobrefalda





de tul marfil salpicada de hilos de oro. Llevaba las perlas de su madre, y los cabellos negro azabache recogidos en lo alto en un elegante peinado.

Junto al vizconde, la bruja de su tía abuela se mostraba de acuerdo, aunque resoplaba con desaprobación.

—Está realmente hermosa, Jervis, pero la vas a trastornar con tantos halagos. Y Raven no es ni mucho menos una chiquilla. Cumplió veinte años hace unos meses.

Como de costumbre, su abuelo ignoró el tono mordaz de su hermana y le dio unos golpecitos a Raven en la mano.

—Nunca había estado tan orgulloso de ti. Serás una gran duquesa.

Ella reprimió una instintiva réplica. Según la opinión de su abuelo —lo mismo que la de gran parte del mundo—, el valor de una mujer sólo se medía por la posición de su marido en sociedad. Aunque, en favor de su abuelo, cabía decir que él deseaba que ella estuviera bien acomodada en la vida.

Pese a la tensión que había caracterizado sus primeros encuentros, lord Luttrell la había acogido con conmovedor entusiasmo, haciéndola sentirse como un miembro querido de su familia. Y a Raven, eso la había alegrado inmensamente. Él y lady Dalrymple eran los únicos parientes consanguíneos que le quedaban, aparte de un hermanastro americano que no podría reconocer nunca de manera pública. Ella ni siquiera había conocido a su verdadero padre, el acaudalado naviero americano fallecido hacía algunos años.

Raven sabía que el vizconde lloraba con sinceridad a su difunta hija y que lamentaba su propia pasada intransigencia.

—Siento que tu madre no esté aquí para verte —le dijo el hombre con voz temblorosa.

Raven sintió que se le hacía un nudo en la garganta. También





a ella le hubiera gustado que su madre estuviera allí para asistir a su triunfante unión.

—Jervis, si has acabado de revolcarte en sentimentalismos, tenemos una ceremonia a la que asistir —intervino con dureza tía Catherine.

—Sí, desde luego —gruñó Luttrell dirigiendo una contenida mirada a su hermana.

Tras aceptar su capa del mayordomo de Dalrymple, Raven permitió que su abuelo la condujera con lentitud por los peldaños de la residencia de su tía hasta el gran carruaje blasonado que esperaba para transportarlos a la iglesia.

Con gran contento de Raven, su mozo de cuadra de tanto tiempo, Michael O'Malley, la aguardaba junto al carruaje para despedirse de ella.

—Tiene un aspecto espléndido, señorita Raven —dijo radiante el irlandés con su melodioso acento, cuando ella llegó junto a él—. Y seguro que será un día magnífico.

Con una brillante sonrisa, Raven se detuvo para abrazar al gigantesco individuo de cabellos grises.

—Gracias, O'Malley —respondió con la voz un tanto ronca por la emoción.

Besó su arrugada mejilla, ignorando el repentino envaramiento de su tía y el evidente cejo de desaprobación de su abuelo. Durante la mayor parte de su infancia, O'Malley había sido más padre que sirviente, y la había acompañado a Inglaterra desde las Antillas cuando fue a enfrentarse a sus altivos y desconocidos parientes. Se sentía inmensamente reconocida de que él siguiera siendo su amigo.

Entonces Raven se volvió y permitió que O'Malley la tomara del codo para ayudarla a subir al elegante carruaje. De repente, le pareció notar una repentina conmoción, y miró con curiosidad





hacia el otro extremo de la calle, donde distinguió un carruaje cubierto que se precipitaba hacia ellos con las ventanillas cerradas y el cochero tapado con una capa con capucha, lo que le confería un aspecto fantasmal.

Extrañamente, el vehículo redujo la velocidad al acercarse, y se detuvo con estrépito ante el carruaje de lord Luttrell mientras tres hombres armados y enmascarados saltaban al suelo. Para gran espanto de Raven, dos de ellos la apuntaron directamente con sus pistolas, mientras el tercero blandía una porra.

—Tiene que venir con nosotros —dijo uno de ellos con voz hosca, señalándola.

—¿Quiénes diablos son ustedes? —inquirió lord Luttrell.

Raven se quedó paralizada por el desconcierto, pero el cabecilla se abalanzó sobre ella y la asió por el brazo, arrastrándola hacia la carroza cubierta.

O'Malley trató de intervenir con un fiero rugido, pero el hombre de la porra se interpuso directamente en su camino, agitando con ferocidad su arma y evitando que el mozo acudiera en su ayuda.

Por un instante, Raven se preguntó si estaría imaginando aquella pesadilla, pero el dolor que sentía en el brazo mientras la arrastraban hacia la puerta abierta del carruaje era muy real.

—¿Qué significa este atropello? —exclamó su tía con su voz más gélida—. ¡Exijo que liberen a mi sobrina al punto!

Sin embargo, el asaltante de Raven no hizo caso alguno. En lugar de ello, hizo girar a ésta en redondo y le rodeó la cintura por detrás con su fornido brazo, levantándola del suelo.

Jadeante de furia, Raven se defendió esforzándose por liberarse de su brutal y tosco atacante, pero los tacones de sus zapatos no produjeron ningún efecto en sus musculosas espinillas. Cuando ella, desesperada, inclinó la cabeza y le mordió el hom-





bro a través de su chaqueta de tweed, su desafío le granjeó un impacto en la sien con el puño; un golpe tan violento que le hizo ver las estrellas.

Aturdida, miró hacia atrás y vio la expresión horrorizada de su tía y el temor en el rostro de su abuelo.

Su propio miedo creció al darse cuenta de la gravedad de la situación. ¡Estaba siendo raptada en pleno día!

Luego vio cómo derribaban a O'Malley con la porra. Raven profirió un angustiado grito de protesta, grito que fue interrumpido mientras era empujada con brutalidad dentro del vehículo y echada de bruces en el suelo. Sintió que el vestido se le desgarraba por el hombro mientras la puerta del coche se cerraba con brusquedad tras ella.

Aturdida, sin aliento, apenas comprendía los gritos de fuera del coche mientras el vehículo daba bandazos hacia adelante y comenzaba a moverse. Se asió al balanceante asiento para sujetarse y, mareada, trepó a uno de los asientos traseros de cojines de cuero.

No estaba sola.

—¡Usted! —exclamó, al reconocer al moreno caballero que se sentaba frente a ella.

Era el mismo obsesivo bruto del que ya había escapado dificultosamente en otra ocasión anterior: un pretendiente no deseado que la había asaltado tras haberse negado a aceptar su rechazo. La última vez que lo había visto, el hombre acabó luchando con O'Malley, que había acudido a ayudarla.

La salvaje sonrisa de Sean contenía una inconfundible amenaza, pero la pistola con la que apuntaba a su pecho le produjo un vuelco en el corazón.

—De modo que, después de todos estos meses, me recuerda, señorita Kendrick. Me siento halagado.



—¿Qué desea? —preguntó ella sin aliento, mirando la pistola.

—Simplemente venganza —repuso su secuestrador con suavidad.

—¿Venganza? ¿Por qué?

Él sacó una petaca del bolsillo de la chaqueta, se la llevó a los labios y bebió largamente. Raven pudo percibir el fuerte olor a licor en los reducidos límites del carruaje, y logró distinguir la vi-driada expresión alcohólica de sus ojos.

—Sin duda lo sabe —repuso él con voz torva.

De pronto, levantó la culata de la pistola y ella se estremeció, sabedora de que se proponía golpearla. Levantó los brazos frenética para protegerse el rostro de la amenaza, pero él la golpeó con la culata en un lado del cráneo, y ella no vio nada más.